TA DE OBRAS DEL AUTOR

UCION DE LAS IDEAS COLONIALES. — ·a en que se describen las ideas que ian los conquistadores, hasta las que nentaban los próceres de la Indepen- ıcia (Medalla de Oro de la Sociedad ıericana de la Historia de Buenos Aires).
.OGIAS DE LA INDEPENDENCIA. — Se iere a la contienda de los días de la iependencia entre El Editor Constitucia- , periódico de los que querían la Inde- ıdencia invocando todas las teorías de Revolución Francesa, y el Amigo de la tria, que sostenía que esa Independencia prematura y le acarrearía grandes ıles al país. (Medalla de Oro de la sma Sociedad).
CTOS ECONOMICOS DEL PROBLEMA DE UNION CENTROAMERICANA. — Serie Conferencias dictadas en 1934 en la ademia Geográfica Nacional de Madrid, esidida por el Dr. Gregorio Marañón.
LIBRO DE GUATEMALA GRANDE: TEN BELICE. — Dos tamos, 500 páginas folio. Se detallan las posibilidades de sarrollo del vasto deportomento de El Pe- n, cuna y emporio de la antigua civi- ıación Maya.
GRAFIA DE MAXIMO SOTO HALL. — . HERMANO PEDRO, DE LA ANTIGUA. — A FIGURA HISTORICA DE DON DIEGO ORTALES, EL FUNDADOR DE LA DEMO- RACIA CHILENA.
OBRA POETICA DE JOSE BATRES MON- UFAR, biografía y crítica literaria, libro ;crito a solicitud de la ODECA (Organi- ıación de Estados de Centro América), por iiciativa de su Secretario General el Dr. uillermo Trabanino.
POLITICA INGLESA EN CENTRO AMERICA URANTE EL SIGLO XIX. — Estudio de ›das los vicisitudes porque ha pasado la .mérica Central desde lo Independencia asta nuestros días.
)LUCION DE LA IMPRENTA, LOS LIBROS ' EL PERIODISMO COLONIALES. — Libro scrito para cooperar a la conmemoración lel tercer centenario de la imprenta.
; DOS BRUJITOS MAYAS. — Libro premia- lo en el Concurso Literario anual de El Sal- ·ador (1956), patrocinada por el Ministerio le Cultura. Se trata de una interpretación lel Popol Vuh.
PATRIA MAYA. — Libro en que se lanza a hipótesis de quiénes fueron los funda- lores de la civilización Maya.
SPONSABILIDADES DE ESTADOS UNIDOS EN LA PERDIDA DE BELICE. — Traducido al inglés por el profesor Walter A. Payne, de la Universidad de Florida, Gainesville, Florida.
ASCENDENCIA NACIONAL E INTERNACIO- NAL DE LA GUERRA CENTROAMERICANA CONTRA WALKER Y SUS FILIBUSTEROS. — 7a. Edición. Este libro, que primitivamente contuvo la serie de conferencias que el autor fue a dictar a San Salvador, por invi- tación del Sr. Presidente de la República Coronel Oscar Osorio, ha sido reproducida en las más prestigiosas revistas del istmo centroamericano.

EXPLICACION DE LA CARATULA

MONUMENTO AL MARISCAL JOSE VICTOR ZAVALA, héroe de la Guerra Centroamericana contra Walker y sus filibusteros, erigido frente a la Base Militar que lleva su nombre.

Zavala aparece en el momento de regresar triunfalmente al campamento guatemalteco frente a la ciudad de Granada (la capital escogida por Walker e incendiada más tarde por orden suya), llevando como trofeo la Bandera de los Filibusteros, arrancada por Zavala con sus propias manos de la casa residencial de Walker, entre la lluvia de balas de los filibusteros, el 12 de octubre de 1856.

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA

TRASCENDENCIA

NACIONAL E INTERNACIONAL DE LA GUERRA DE CENTRO AMERICA

CONTRA WALKER Y SUS FILIBUSTEROS

7a. EDICION

Editorial del Ejército. — Guatemala, C. A.

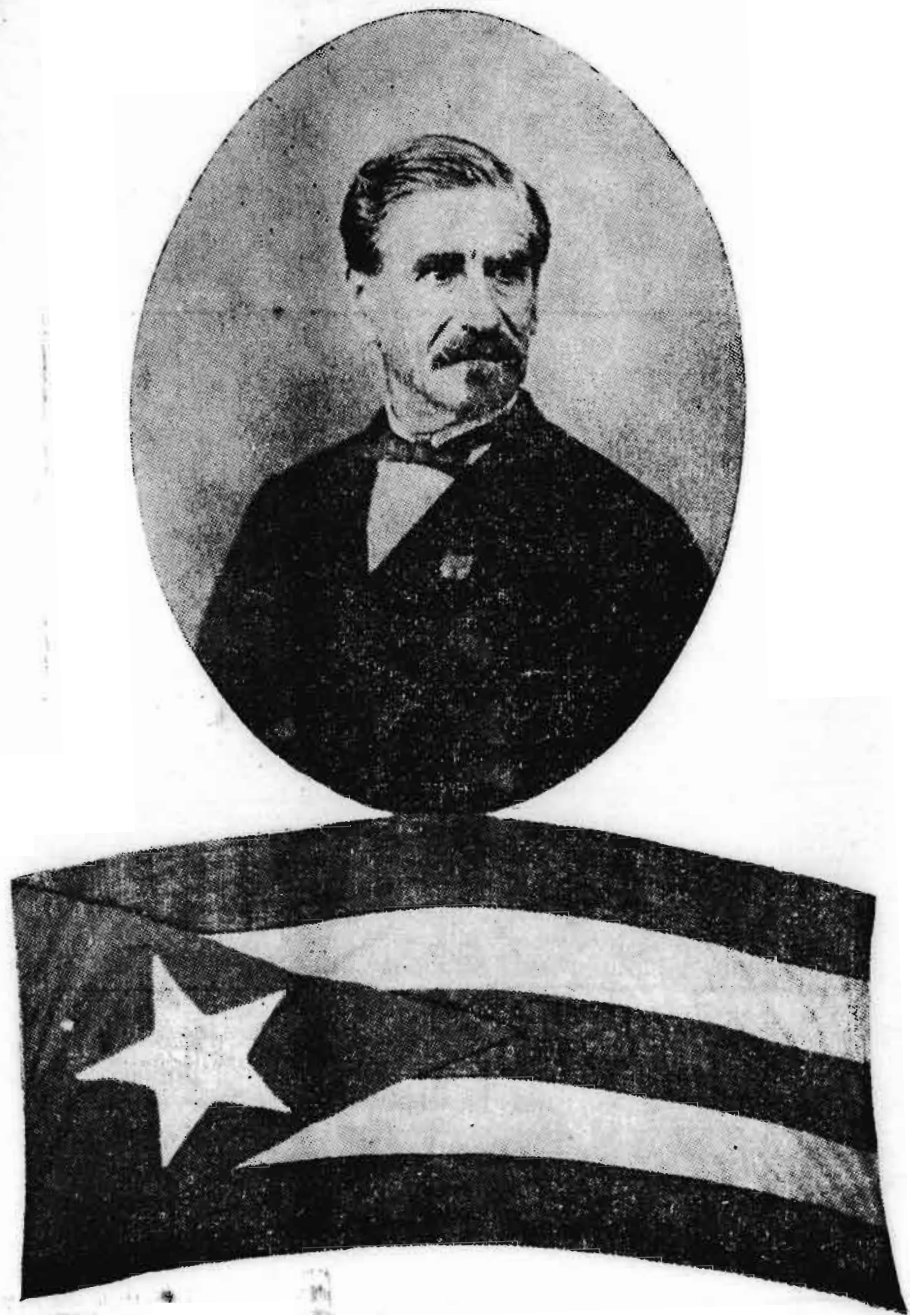
1965

ciudad, que le presentara el testamento de Adán en que constara que aquel nuestro progenitor y padre común de la humanidad le había dejado a España la América...? Sólo así podría pedirle que desistiera de esas sus habituales chamusquinas.

— III —

Sucursal del Imperio Inglés en Centro América

Belice o British Honduras fue escogida por la Gran Bretaña como capital intelectual del nuevo imperio marítimo-terrestre de Centro América, o si se quiere, de la sucursal centroamericana del Viejo Imperio Británico. Tenía derecho a ello Belice por ser la decana de las posesiones inglesas en el centro geográfico del continente, por haberle cerrado a Guatemala sus naturales salidas al Atlántico —triunfo estratégico de gran importancia marítima— y por la firme voluntad de los ingleses de no irse jamás de allí, aunque las circunstancias los obligaran algún día a firmar un tratado, que en todo caso tendría que ser sólo una componenda con los Estados Unidos, como efectivamente pasó pocos años después con el Tratado Clayton-Bulwer de abril de 1850, de cuyas prohibiciones sobre las tierras y mares centroamericanas estaban dispuestos a reírse de antemano. En cambio, ya Belice había dado pruebas de merecer la dirección intelectual: su gobernador aparente y comandante militar de verdad, el inolvidable general Codd (inolvidable para los centroamericanos) se había apresurado a dar a Inglaterra las normas de conducta y de criterio por las que debiera regir sus relaciones con Centro América. "Esta república no existe de verdad, sino sólo sobre el papel. Seiscientos soldados mexicanos bastaron para cruzarla de parte a parte y anexarla al no menos hipotético Imperio de Iturbide. Los centroamericanos no se entienden entre sí (lo cual era cierto, así como era mentira lo de los seiscientos y el cruce) y sólo de una cosa están seguros: de que Inglaterra con uno o dos de sus cruceros de guerra que envíe a sus turbulentas aguas, se impondrá a los centroamericanos a su antojo". Estas palabras, que no estoy transcribiendo textualmente sino tan solo en su contenido, influyen tan decididamente en el ánimo del gabinete de St. James, que éste comprendió que el general Codd era un genio, como andando el tiempo los norteamericanos del Sur y aun algunos de los del Norte deberían igualmente calificar a William Walker.



General J. Víctor Zavala, jefe del contingente guatemalteco de tropas enviadas a Nicaragua, en el momento de arrancar la Bandera de la casa de Walker en Granada, y llevarla como un trofeo a las tropas centroamericanas, entre el estrépito de las balas enemigas. La Bandera representa un insulto para el patriotismo centroamericano, pues era la que enarbolaban los cubanos filibusteros de Walker.

Esta bandera se encuentra ahora en poder del distinguido diplomático colombiano Ricardo Vásquez, residente en Guatemala, y fue expuesta por el autor de este libro en la exposición de reliquias y documentos de la Guerra Nacional, el día que se bautizó con el nombre del General Zavala a la base militar que se levanta en las vecindades del Puente Belice, a la salida de la carretera al Atlántico.

General José Víctor Zavala en su vejez y contemplando la bandera filibustera que arrancó de la casa de Walker el 12 de octubre de 1856. Asumió el mando de las tropas guatemaltecas a la muerte, casi simultánea, de los generales Mariano Paredes y José Joaquín Solares. Fue un gran héroe, como lo indica la carátula de este libro, en el famoso sitio de Granada.

E influyeron de tal suerte en el ánimo de los hombres de talento, que el mismo Thomson, el inteligente viajero que escribió a sus majestades británicas su informe sobre la situación de Centro América a raíz de la Independencia y sobre lo que podía esperarse de ella, no tuvo empacho en estampar que, aunque Gran Bretaña jamás había tenido la soberanía

de guerra ingleses que patrullaban alrededor de las Islas de la Bahía hasta San Juan del Norte. Al mismo tiempo le encargaba comprar una goleta armada de seis cañones, y con ella y cien soldados más reforzó el castillo de Omoa. Por su parte, los ingleses, que se habían decidido a abandonar aquellas islas bajo los apremiantes reclamos de los Estados Unidos que invocaban los dos tratados: el Clayton-Bulwer, de 1850, y el más terminante, aunque funesto para Belice, el Dallas-Clarendon, de 1856, retardaron su salida de ellas ante la amenaza de Walker, y éste tuvo que desistir de Roatán y descender rápidamente sobre la costa de Honduras. El paso a la derecha le quedaba cerrado por Omoa, y tomó hacia la izquierda, perseguido de cerca por las tropas hondureñas en tierra y por el barco de guerra inglés "Icarus", por agua. Entretanto, ya sus mejores oficiales forzaban las entradas del río San Juan. Pero la hora del destino había sonado. Walker, acosado por tierra y mar, tuvo que rendirse ante el capitán Nowell Salmon, del "Icarus", creyendo poder contar con las garantías de lo que hoy llamaríamos un "asilado político". Pero las órdenes que había recibido Salmon eran terminantes y entregó a Walker a las autoridades hondureñas. Tras un breve pero no festinado ni maculado proceso fue fusilado el 12 de setiembre de 1860. ¡La venganza de Inglaterra se había consumado! Tres meses después estallaba la guerra de secesión en los Estados Unidos al declararse en la Convención de Montgomery la separación de Carolina y de todos los demás Estados del Sur. Estos Estados habían perdido con Walker una gran esperanza al paso que los centroamericanos, sin proponérselo, le habían dado a Abraham Lincoln la primera victoria, que tal vez éste haya ignorado siempre, y que se sigue ignorando aún en los Estados Unidos.[1]

1. Ver Eliseo Reclus, cuya valiosísima opinión sobre haber sido la de Rivas la primera batalla ganada por los centroamericanos en favor de la causa de Lincoln, se verá más adelante.

SEGUNDA PARTE

— VIII —

Odio a muerte entre León y Granada

Desde el primer siglo de la conquista española se había venido haciendo notorio y cada día más exagerado el odio localista entre las dos principales ciudades de Nicaragua, León y Granada. Allí la conquista y la colonización habían cometido el error de asentar la cuarta parte de la población total en seis ciudades alrededor de los dos grandes lagos, dejando desparramarse los otros tres cuartos por el resto del territorio, inconmensurable en relación con el total de los habitantes. Y este sistema de monopolios urbanos que escogió la parte más fácil del país para poder vivir, sembrar la tierra fértil y aprovechar los lagos para el fácil comercio, produjo necesariamente el resultado de los odios localistas que no se producen en la vida rústica del campo. El localismo de los hombres había pasado a las ciudades, haciéndose consustancial en las paredes de las casas, en el tosco empedrado de las calles, en los modestos edificios públicos que se lograba construir, en el aire que se respiraba y en el vaho miasmático de los grandes lagos circundantes.

A la hora de la independencia de Centro América la rivalidad localista era de carácter crónico, secular, social y político. Y hasta comercial, porque mientras Granada, a las orillas del gran lago, lo recibía todo del exterior por medio de éste y del río San Juan, León, la capital política y universitaria, tenía que importarlo todo en barcos que venían dando la vuelta por el Estrecho de Magallanes. Esta situación entrañaba para la primera poder vivir ampliamente de las contribuciones aduanales, mientras reducía a la otra a buscar la compensación en las entradas de contrabando. Este odio localista se hizo carne viva por la persecución y durísimo castigo que habían recibido las familias granadinas que querían la independencia en 1811 y siguientes, de parte de las reales autoridades leonesas. El odio llegó a su punto de saturación.

"Después de nuestro odio, el diluvio" han de haber parodiado ambos. Y así fue como ese odio trajo el diluvio para todos los centroamericanos: en los primeros años de la independencia, haciendo aún más imposible la unión; y a mediados del siglo, haciendo posible la venida de Walker y sus filibusteros. Y aún así el odio persistió a través de la "guerra nacional" contra el filibustero, porque siempre hubo durante ella batallones que representaran a los granadinos y otros a los leoneses.

La discordia eterna entre las dos ciudades influyó de tal suerte en el desarrollo de las operaciones de los contingentes centroamericanos aliados, que nunca hubo posibilidad de un mando único real y efectivo. En cartas al general Carrera, presidente de Guatemala, el general José Joaquín Mora se queja del fracaso en determinados puntos y sectores, por la sistemática desobediencia de algunos oficiales centroamericanos que no querían tener por jefe a un costarricense. El general Belloso, salvadoreño es nombrado jefe por los leoneses, y los granadinos hacen propaganda para que no se le reconozca. Más tarde es nombrado, buscando la neutralidad, el general hondureño Xatruch, que agrada a los granadinos, pero el gobierno de León lo desconoce, dejándole sólo el carácter de general en jefe de los generales centroamericanos que lo habían nombrado.

Todavía expulsado Walker de Centro América en mayo de 1857, vuelven en el acto a su antiguo pleito, granadinos y leoneses por la nueva elección presidencial; y la guerra civil hubiera estallado otra vez en Nicaragua a no ser por la amenaza de la guerra contra Costa Rica, que en previsión del regreso de Walker se quería quedar con la margen sur del río San Juan. Costa Rica había sido la primera en acudir a salvar a Nicaragua. Pero esto no se tiene en cuenta en los odios localistas centroamericanos. La guerra entre una y otra repúblicas hubiera estallado si no es porque en ese momento reaparece Walker en la escena, precisamente en los alrededores mismos del punto en donde los nicaragüenses y costarricenses iban a derramar hasta la última gota de sangre por un pedazo de tierra de más o menos y un pedazo de río. ¡Así éramos y así seguimos siendo!

— IX —

Cómo pensaba Walker redimir a Centro América

Cruentísimo fue ese castigo con que la inexorable lógica de su historia azotó a Centro América en su primera juventud despilfarrada. ¡Treinta y cuatro años tenía no más de haberse escapado del hogar paterno! Fue un castigo sin igual, como sin igual fue la última torpeza de los "demócratas" leoneses que contrataron a los filibusteros creyendo ver en ellos el único medio posible para triunfar y subyugar a sus odiados enemigos "los legitimistas" granadinos. Castellón, el presidente de los demócratas, fue el primero en caer entre las fauces del monstruo que asomó su cabeza casi al mismo tiempo que los filibusteros, el cólera morbus. La tierra llena de miasmas y fiebres cooperando íntimamente con la tierra ocupada por hombres que llevan en el espíritu odios, fiebres y miasmas parecidos. Y entretanto, las gentes de otras razas, los pueblos de otras latitudes, contemplándonos por primera vez en nuestra historia con mirada inquieta y despreciativa.

He aquí un párrafo del comentario trágico de uno de los escritores más en boga por aquellos tiempos en Europa. Se llamaba Alfred Assollant y escribía en la célebre revista parisiense *Revue des Deux Mondes*; y nuestro insigne historiador centroamericano —de Costa Rica— Ricardo Fernández Guardia, patrocina en su *Boletín de los Archivos Nacionales* (noviembre de 1936), su artículo sobre "Walker en Nicaragua", publicado el 15 de agosto de 1856. El párrafo terrible en que arroja sobre nuestra cabeza estos comentarios dice así textualmente: "Estos países (se refiere a los de la América Central) colocados en el centro de las dos Américas, en el punto en que se ha de hacer el canal que unirá los dos mares, pareciera que debieran ser, y en particular Nicaragua, los más ricos, más prósperos y más felices de la tierra. Infortunadamente esas repúblicas se parecen a todas las que han salido de los pedazos de la antigua monarquía española: la anarquía es en ellas permanente. Olvidando que sólo la unión más estrecha, la industria, el trabajo, podrían mantenerlas contra los ataques de Inglaterra y de los Estados Unidos, se han hecho la guerra entre ellas. No hay que sorprenderse de esto. ¿Qué unión se podría esperar de esta mezcla de tres razas que se detestan recíprocamente? El indio caribe desprecia al negro, que a su vez lo odia, y los dos odian al criollo, el cual los desprecia. Lo único que tienen de co-

República de Nicaragua sus perversas intenciones y subversivas ideas no encuentran resonancia. La prueba de esta aseveración se puede encontrar en el hecho de que cuando el destacamento americano evacuó la ciudad de León, en vano llamaron a congregarse a los ciudadanos y tuvieron que recurrir a toda clase de artimañas para excitar la atención de las gentes con fanatismo y por calumnias, porque no tuvieron éxito en juntar ni la fuerza más pequeña de un pueblo que tenía la convicción de que era muy contrario el caso a como lo pintaban; y también gracias al buen comportamiento de las fuerzas americanas, y por los buenos servicios y el patriotismo descollante del Rev. Vicario General.

Así la marcha de la presente administración en Nicaragua será inalterable, y el país demuestra estar en favor de mantener el orden y la tranquilidad pública. Solamente algunas pruebas hay que mencionarle a Su Honor, así que Su Honor las puede presentar al Gabinete en Wáshington como representante de este Gobierno".

A esta carta Scroggs le pone las siguientes notas:

"Patricio Rivas, el Presidente provisional, y Máximo Jerez, el Ministro de Guerra, comenzaron a demostrar señas de desertar de Walker en Junio de 1856, temiendo que el último tenía deseos de apoderarse de la Presidencia. Así ellos comenzaron a circular rumores que enardecían a la población contra los americanos y también mandaron emisarios a las repúblicas vecinas pidiendo ayuda para expulsar a los filibusteros".

"Los detalles del incidente en León a que se refiere aquí Walker eran como siguen: Uno de los oficiales de Walker había sustituido una guardia de soldados nativos estacionados en la torre de la Catedral por una fuerza de soldados americanos. Jérez, el Ministro de Guerra, en aquel entonces en León, dio una contraorden. El oficial se negó a aceptarla sin órdenes expresas de Walker, quien había salido para Granada el día anterior, y así se preparó a defender el lugar a la fuerza. Esto causó gran excitación entre los nativos y se congregaron en la plaza, gritando "¡Mueran los americanos!" Cuando Walker recibió esta noticia, dio órdenes que la guardia de americanos fuese retirada, pero el daño ya había sido hecho".

"Se debe notar que Walker busca aminorar la importancia de su distanciamiento del Presidente Rivas y desea que el Padre Vigil debe hacer sentir confianza a las autoridades en Wáshington, que había indudablemente oído los rumores de serias dificultades en Nicaragua".

— XXVI —

Héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua

Se ha necesitado casi un siglo para que los primeros entusiasmos biográficos sobre Walker en Estados Unidos empezaran a enfriarse. La serenidad histórica es un río que corre con dificultad, pues necesita vastas llanuras, que sólo las deparan la lenta depuración y los cauces serenos. Los jordanes para rebautizar a los héroes que se formaron entre las altas y brumosas cimas, que es el reino de las tempestades, son tardíos y escasísimos... Obras como las de Laurence Green sobre Walker y los filibusteros, han requerido ser escritas setenta y tantos años más tarde de la muerte de Walker. Y sólo así se van haciendo cosa juzgada y hundidas en las sombras eternas del pasado las ardientes apologías de los amigos y partidarios, (y sobre todo interesados) en la obra de Walker, de aquellos tiempos. Los discursos de los clubes walkerianos de Nueva York (llamémoslos así, en recuerdo y en imitación de los clubes jacobinos de la Francia de la revolución) clamaban por acudir al socorro de los pocos héroes que aún quedaban con vida en Nicaragua, y sobre todo a vengar a los miles de muertos. Walker a cada rato lanzaba la voz cantante: "Mis muertos, los valientes muertos que dieron su vida en defensa de la esclavitud". Pero ni en esto habían sido valientes sus muertos, ni siquiera en ser libres, por lo menos al escoger la lucha por la esclavitud. Extrañas pero reales antinomias que casi resultan cabalísticas para nuestros tiempos. Aquel autor contemporáneo nos dice al respecto de tales muertos: "Esa es una engañifa. Aquellos valientes muertos habían sido reclutados en los campamentos de mineros de California, en las tabernas de todo el país y el arroyo de las calles del mundo entero. Siendo incapaces de ganar, procuraban arrebatar".

Pero aquel levantarse del telón de boca tras un siglo, para descubrir por fin la escena macabra, imponderablemente macabra y nefasta, de la obra de Walker en Nicaragua, y la cual no dejó para perpetuidad en la historia sino una cosa buena: la demostración paladina y elemental de que los países de Centro América no pueden valer nada mientras quieran permanecer en calidad de miembros arrancados de un solo cuerpo físico y una sola alma nacional. Ese levantar del telón para presentar la figura de Walker y sus planes —aparentemente grandiosos— tal como eran, tuvo lugar en menor escala y en forma puramente parcial en sus propios días. El héroe y mártir cubano Domingo de Goicouría, que murió en el cadalso por

la libertad de su patria (émulo de tantos centenares de cubanos más) y quien en Centro América peleó al lado de Walker, creyendo en él y que al terminar su obra en Nicaragua enderezaría sus planes libertarios hacia "La Isla de la Estrella Solitaria", fue el primero que lo conoció y el primero en abandonarlo. Harto costó a su fama póstuma ese tardío conocimiento, porque mientras estuvo en Nicaragua, al frente de su falange, no mayor de cuarenta cubanos reclutados por él mismo en Nueva York, unidos y fervorosos creyentes todos en el santo y seña de "libertar a Cuba a toda costa sacándola de las manos de los españoles", ganó repetidas veces un nombre que nada tiene que ver con el de mártir de la libertad: el de sátrapa, tirano y verdugo para con los centroamericanos. Al punto de que el escritor delicioso y conocedor a fondo del tema, Calderón Ramírez, le dedica en su anecdotario de Walker un capítulo bajo el rubro que registra en letra lapidaria el casi inconcebible dualismo de la odisea de Goicouría: "Héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua".

Y pinta las dos tragedias antitéticas de su vida. Cuando ya hacía diez años Walker había sido pasado por las armas en Trujillo, en su tercera y última intentona sobre Centro América, Goicouría hallaba la muerte en el cadalso en La Habana. Había logrado llevar a la Isla, por fin, una expedición organizada en Nueva York para la lucha por la independencia. ¡El sueño dorado de toda su vida! Fue hecho prisionero y condenado a la pena de la estrangulación por el ominoso instrumento del "garrote", pena que a petición de su defensor le fue rebajada a la de "simple" fusilamiento.

Hasta el último momento conservó en su luminoso rostro la impasibilidad que le había caracterizado toda su vida, y sus últimas palabras fueron, como en los labios de todos sus compañeros de ideal: "Muere un hombre, pero nace un pueblo". Y sin embargo, aquel hombre hermoso de alma y cuerpo, al lado de Walker se portó como una fiera cruel y sin entrañas. ¿Acaso el poder de las malas compañías? ¿O la letal influencia implacable de la guerra sin cuartel? Ello es que —cuenta Calderón Ramírez— al debelar la revuelta contra Walker armada por los chontaleños de Nicaragua, Goicouría quedó dueño del campo. "Cayó un infeliz soldado en poder de este jefe y allí, en la plaza de Juigalpa, dio la orden de que fuera pasado por las armas. Llamábase Juan Luna el prisionero, y su madre, una anciana enferma, de rodillas suplicábale que perdonara a su hijo. Impasible escuchó el ruego y ni un soplo de piedad agitó el espíritu de aquel hombre. Se efectuó la cruel orden, mientras la anciana corría por la

plaza, hecha una loca, mesándose los cabellos. De su pecho salían gritos lastimeros, que vibraban pidiendo al cielo castigo y reparación por tan espantosa iniquidad..." Refiere en seguida el autor cómo Goicouría fusiló a otro oficial y a otro soldado poco más tarde y luego a un tercero "quien fue ejecutado por la espalda por haber incurrido en el crimen de defender la libertad de su patria". "Los pueblos, caseríos, valles y villorrios de Chontales se estremecieron de pavor mientras duró aquel viaje de pacificación del subalterno de Walker... Multiplicó las ejecuciones con el propósito de intimidar a los rebeldes, y poco después, cuando retornó a San Ubalco con ánimo de embarcarse, en el muelle del puerto apareció ante él, como un espectro fatídico, la madre de Juan Luna, lanzando imprecaciones contra el verdugo de su hijo... Ordenó que la apartaran sin hacerle daño y él continuó en la operación del embarque de su tropa... Erguido en la popa del buque, el jefe cubano parecía profundamente pensativo: fijaba la vista en la ribera y observaba cómo corría por la playa la infeliz madre, arrancándose las blancas guedejas, oprimida por el dolor, profiriendo rugidos de ira contra él..." Y todavía, cuando el barco empezaba a perderse en la lejanía, llegaba como un eco a sus oídos la imprecación de la anciana: "¡Maldito, maldito, maldito!"[1]

Jamás ha de haber olvidado estas palabras Goicouría, sobre todo a la hora de su muerte en el cadalso... ¿Cómo puede haber tales desdoblamientos en un alma fuerte y heroica como la de aquel hombre, cuya vida en plena florescencia oscila entre estas dos grandes tragedias contradictorias? Por mi parte, me atrevo a pensar que, obsesionado y apasionado el héroe en Cuba y verdugo en Nicaragua por su idea fija, no tenía ojos para más. Quería que la empresa de Walker terminara cuanto antes para que comenzara la otra soñada por él... Por otra parte, había que mantener en alto la bandera: conservar la confianza de Walker y sobre todo mantener en éste la seguridad de que Goicouría era el hombre que en aquel momento se necesitaba para la aventura de Cuba...

Sea de ello lo que fuere, lo que importa principalmente es saber que en la tragedia de Walker, o sea en la rápida declinación de su estrella en los horizontes de su tierra natal, Goicouría, que había vivido de ilusiones con respecto al filibustero, desempeñó un papel imprevisto, rotundo y definitivo. Su ruidoso rompimiento con Walker, que halló su más apro-

1. Salvador Calderón R. "Alrededor de Walker", pág. 87, 1929. San Salvador. Talleres tipográficos del Ministerio de Instrucción Pública.

piada caja de resonancia universal en las páginas del *Herald* de Nueva York, y sobre todo la publicación de la carta de Walker que guardaba el más recóndito de sus secretos y la última y más vasta de sus ambiciones, vinieron a significar para el capitán de los piratas y sus amigos y partidarios, algo así como el *Mane, Thécel, Phares* del bíblico festín. Sólo que esta vez, a falta de buenos intérpretes como Daniel el profeta, los buenos y malos diarios de Nueva York tradujeron: los días de tu soñado imperio están contados, y más aún los años de tu corta vida... En mayo de 1857 se cumplió la primera parte de la profecía, y el 12 de septiembre de 1860 la segunda en las playas de Trujillo, bajo el sol rutilante del trópico.

— XXVII —

La "justicia" de Zavala
El fusilamiento de Alejandro Lainé

"Día malo", pero de veras muy malo, como dirían los viejos mayas de nuestra tierra al designar los cinco días últimos, sueltos y sin santo patrón, del año solar, debe ser considerado el 11 de enero de 1855. Peor no pudo ser en los anales de la buena amistad y mejor comprensión que debió haber siempre reinado entre nuestros países de la América Española. En los libros de historia los retratos de Simón Bolívar deben haber fruncido el ceño ante esa fecha. Y ya no digamos los propios próceres centroamericanos que por excepción fueron verdaderamente hombres superiores: entre ellos don José Cecilio del Valle, que fue el inspirador y redactor del decreto de 1822, que convocaba a reunirse en una confederación general de amistad íntima y estrecha interdependencia a todas las naciones del continente. Y don Pedro Molina que llevó la buena nueva de este decreto por todas partes, llegando en su entrevista de Nueva Granada con don Pedro Gual, el ministro de relaciones exteriores de Bolívar, hasta sacrificar la primacía de sus gestiones diplomáticas ante los demás países de Sudamérica con tal de dejarle el campo libre a Bolívar y a su Congreso de Panamá, de 1826, que ya éste tenía planeado.

Si la invasión de los filibusteros en Centro América es un hecho lastimoso y nefasto en la historia de las buenas relaciones continentales, la fecha referida del 11 de enero, en que Walker pactó con el cubano Francisco Alejandro Lainé, enviado y apoderado especial de don Domingo Goicouría, el

"Mártir en Cuba y verdugo en Nicaragua" de que he hablado anteriormente, la activa y decidida cooperación de su falange de cubanos con la de los filibusteros de Nicaragua, viene a resultar un hecho doblemente execrable. Como que él vino a significar la cooperación de hermanos de sangre, de idioma y de raza en la matanza de los hermanos de Centro América.

El pacto entre Walker y Lainé estipulaba que los cubanos revolucionarios que habían recaudado fondos para luchar por la independencia de su patria, los cedían, a fin de cooperar en la obra de consolidación del gobierno de Walker en Nicaragua. Y en seguida, que Walker se comprometía, bajo su palabra de caballero, a contribuir con su persona y con hombres y dinero a la liberación de Cuba en cuanto terminara su campaña de Nicaragua.

Como lo veremos en este estudio, Walker acariciaba grandes proyectos sobre Cuba. La posición estratégica de la Isla, que podía y puede llamarse la puerta de oro de entrada a la Florida y por ende a los demás Estados del Sur de los Estados Unidos, venía a ser en sus sueños y experiencias algo así como el Golden Gate, la llamada "Puerta de Oro" que da entrada a la hermosa bahía de California, en el extremo sud-occidental de los mismos. Entre ambos puntos corría una línea imaginaria maravillosa del Atlántico al Pacífico. Sin duda de eficacia más inmediata y positiva que el ferrocarril con que soñaban los del Norte y que repelían los del Sur. Eje, en fin, perfectamente trazado entre el Este y el Oeste de la gran nación cuyo crecimiento gigantesco estaba abocado a la crisis inevitable de una guerra civil a muerte. Por lo demás, los aristócratas del Sur eran insaciables en su deseo de conseguir nuevos territorios esclavistas para compensar la fuga del Estado de California entre las manos de los antiesclavistas del Norte.

Walker, como la inmensa mayoría de los sureños, abrigaba el temor de que la Isla pudiera caer en poder de Inglaterra o convertirse en una república negra como Haití. Había en ella una numerosa población esclava y el presidente Polk había propuesto desde 1848 que España se la vendiera a los Estados Unidos por cien millones de dólares. Ante el rechazo rotundo y desdeñoso, se habían armado las expediciones filibusteras contra la Isla, que algunos, como el presidente Taylor, condenaban, pero que otros, como los presidentes Fillmore y Franklin Pierce (el del tiempo de Walker), veían con ojos de tolerancia. Un año antes de la aventura de Walker en Nicaragua estuvo a punto de suscitarse la guerra con España (el caso del "Black Warrior"), pero la prudencia del

ministro de Estado William L. Marcy, el mismo, a quien hemos visto forcejando contra William Walker y contra el ministro americano en Nicaragua, salvó la situación. La conferencia de Ostende, a que ya también me he referido, entre tres embajadores de los Estados Unidos en Europa, vino a rematar el proceso de la cuestión de Cuba, que Walker había soñado hacer virar en redondo a su favor. No en vano Mr. Pierre Soulé, el senador esclavista de figura patriarcal y uno de aquellos tres embajadores, soplaba a sus oídos. "En el progreso de los acontecimientos humanos —había proclamado a grandes voces el 'Manifiesto de Ostende'— ha llegado ahora el momento en que los intereses vitales de España dependen tan estrechamente de la venta de Cuba como los de Estados Unidos de su compra". "Con el dinero de esa venta —añadía— España podrá convertirse en un centro de atracción para el mundo de los viajeros y sus viñas podrán producir una cantidad mucho mayor de excelentes vinos". Y terminaba: "Si España es tan poco razonable que se niegue, todas las leyes humanas y divinas justificarán que se la arrebatemos si contamos con fuerza para ello". Todos estos argumentos y sobre todo el último, sonaban bien en los oídos de "El Rey de los Filibusteros", como ya el *Picayune* y otros diarios de Nueva Orleáns y de otras partes apellidaban a Walker.

De suerte que su sueño era profético. Cuba es un punto clave en la geografía de los Estados del Sur. Cuba, en una guerra entre el Norte y el Sur, y en combinación con una poderosa escuadra en el Caribe, con todo el oro de California pasando por la vía del Tránsito a través de Nicaragua, no con destino a Nueva York, como ahora sucedía, sino a Nueva Orleáns; *item* más, para coronamiento de todo lo anterior, con una alianza, o por lo menos las simpatías de Inglaterra, de Francia, de Rusia y de todas las demás naciones europeas que querían atajar a toda costa las desenfrenadas expansiones de *los yankees* (así llamaban Walker y los del Sur a sus odiados "enemigos" del Norte, "destazadores eternos de cerdos y cantores eternos de salmos"), completaban el cuadro del inmediato porvenir lleno de sol, alegre como las milagrosas noches del bíblico Josué, que él, Walker, había aprendido a admirar allá en los místicos claustros de su universidad de Nashville. Sólo hacían falta las trompetas de Jericó, y ellas estaban en sus manos...

Tal la visión que bajó a los ojos grises y fríos del Rey de los Filibusteros al firmar el pacto con Francisco Alejandro Lainé, enviado de Goicouría, en aquella caliginosa tarde

del 11 de enero de 1856. En virtud de ese pacto, en marzo siguiente llegó a Nicaragua el propio Goicouría, con los doscientos cincuenta reclutas, pagados aún por Vanderbilt, entre ellos unos treinta o cuarenta cubanos. ¿Qué extraño fenómeno de trasmutación de valores se había verificado en el alma de estos últimos, como para hacerles "héroes en Cuba y verdugos en Centro América?"

Sólo adelantaremos que cuando Lainé, ya hombre de toda la confianza de Walker y su primer edecán, fue cogido en una trampa por los soldados guatemaltecos del coronel Víctor Zavala, en octubre de 1856, éste les preguntó, según se cuenta:

—¿Habla el prisionero español?

—Sí, mi coronel, perfectamente.

—Pues, entonces, que lo amarren a un árbol y lo fusilen por la espalda. ¡Su traición es doble!

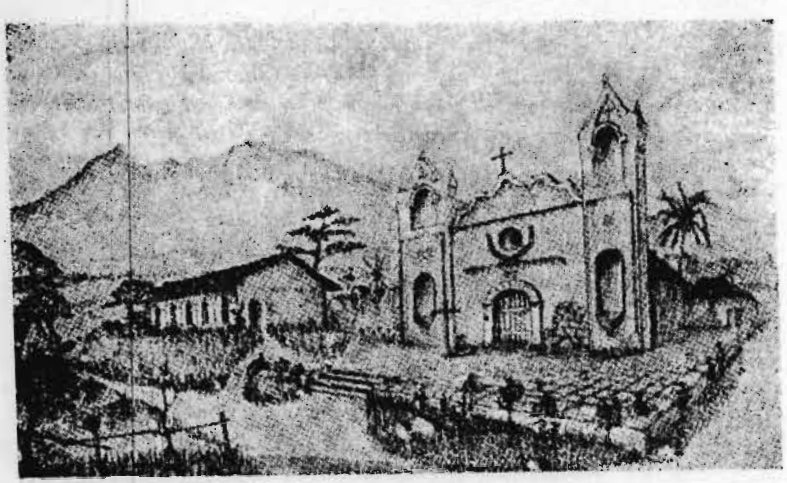
— XXVIII —

Héroes centroamericanos anónimos
Los guatemaltecos Allende y Valderrama

Si el jefe de la falange cubana Domingo de Goicouría no se llevó bien con Walker, debido a la oposición de caracteres e ideas fundamentales, en cambio los hombres de la falange le fueron muy útiles a éste. Desde su arribo, en marzo del 56, como acabo de decir, el "Rey de los Filibusteros", que ya se creía tal, escogió a dos de ellos para sus principales edecanes. Ellos fueron Alejandro Francisco Lainé, el mismo que había celebrado con él el convenio a nombre de Goicouría, y Manuel Francisco Pineda, ambos de la flor y nata de los jóvenes oficiales cubanos que más habían trabajado y conspirado por la Independencia de su patria. Otro cubano que recibió puesto de primer orden en la administración filibustera fue el teniente Francisco Agüero, hecho prefecto del departamento oriental nicaragüense y que había nacido en Puerto Príncipe, uno de los distritos de la Isla de más fervorosa devoción revolucionaria contra la dominación española. Así Walker se preparaba, seleccionando sus mejores colaboradores, para cuando llegara el momento de lanzarse sobre Cuba, comenzando la segunda etapa después de la conquista de los cinco países centroamericanos.

Con el tiempo, todos estos cubanos fueron reduciéndose en número. Algunos, los menos, entre ellos José Machado, apodado *Luis French*, murieron en el campo de batalla, y muchos más cayeron víctimas del común devorador insaciable de ambos campos combatientes: el cólera morbus. El rompimiento entre Goicouría y Walker, en agosto de 1856, desanimó al resto de la falange, muy pocos de cuyos miembros llegaron con los filibusteros hasta el fin. La mayor parte o se pasaron al campo aliado o se apresuraron a regresar a Nueva York, al lado de su verdadero jefe Goicouría.

En cuanto a Lainé, joven, arrogante y primer edecán de Walker, y a quien éste profesaba la más sincera admiración por su temeridad y arrojo en los trances más peligrosos de la ofensiva —estrategia equivocada que los filibusteros siguieron como sistema— su referido fusilamiento por Zavala está íntimamente unido al de los dos heroicos oficiales guatemaltecos casi anónimos hasta ahora: el teniente coronel Valderrama



Iglesia de San Juan de Dios, que no pudo ser reconstruida después del incendio de noviembre de 1856. La portada estaba frente a la casa que era de Manfredo Cuadra Soto, próxima al actual Parque Colón. Al sur se ve el hospital y entre éste y la iglesia, un cementerio.

y el capitán Allende, hechos prisioneros en los alrededores de Jalteva, en una de las tantas escaramuzas que siguieron a la desocupación de Granada por parte de los aliados. Fueron mandados fusilar por el sombrío e impasible jefe de los filibusteros, sumarísimamente y sin más razón que la de la re-

presalia, según él mismo no tiene empacho en confesar con su acostumbrado laconismo. Otra prueba, y una de las más históricas, de la falta de tacto y conocimiento de los secretos resortes de la naturaleza humana, por parte del pretendido Rey de los Filibusteros. Ya en otra parte me he referido al sobrehumano estoicismo con que ambos oficiales recibieron la muerte, pronunciando frente a ella y casi en el momento mismo de recibirla, frases de serenidad tales que bien merecerían ponerse al lado de las más célebres de la antigüedad heroica. "¿No es la muerte una dama? —había dicho Allende a su compañero, al negarse a que se les vendaran los ojos y a sentarse en el fatal banquillo—. Pues recibámosla con toda la cortesía que se debe a una dama, de pie y mirándola..."

Si Walker hubiera tenido un poco de tacto político, ya no digamos tacto diplomático, no hubiera fusilado a esos dos dignísimos oficiales, que no habían cometido más delito que defender el honor de su bandera y la libertad de su tierra. Los mismos biógrafos y escritores filibusteros condenan a Walker por esa injustificada muerte: entre ellos, el padre Ross, testigo ocular, que es quien refiere la anécdota salvando del olvido la frase aquélla.

Jamison, otro testigo ocular, nos dice: "En toda mi vida nada me ha emocionado más que este tristísimo suceso... El coronel Valderrama y el capitán Allende eran caballeros de superior cultura, indudablemente acaudalados, y de modales corteses y delicados. La impecable corrección de ambos prisioneros había ganado la buena voluntad de sus custodios, al grado de que detenidos y carceleros cantaban y bailaban juntos... Cuando el general expidió la orden de ejecutarlos, ardieron nuestros corazones y todos nosotros derramábamos lágrimas, oprimidos por el dolor..."

El Rey de los Filibusteros era incapaz de tener inspiraciones geniales, como se exige en un rey. Obedecía ciegamente a la rutina de su pensamiento rígidamente disciplinario. ¿Cómo iba a entender de la magnanimidad de un Valderrama o de un Allende? Ni hacía análisis fuera del cartabón con que medía sus prejuicios. Refiriéndose en general a los soldados guatemaltecos y su estoicismo, otro filibustero recordaba: "Entre los aliados, los guatemaltecos siempre dieron muestras de disciplina y valor. En los muchos encuentros que tuvimos con ellos en Masaya y Granada mostraron cierto fatalismo oriental que los hacía indiferentes a las fatigas, a los peligros y a la muerte... En tiempos posteriores confirmé mis juicios sobre la oficialidad guatemalteca: los más humildes unían

Plano de la antigua ciudad de Granada. En el círculo queda la iglesia de San Francisco, en cuyos muros fueron fusilados los dos ilustres oficiales de las tropas guatemaltecas, el coronel Valderrama y el capitán Allende. Su inicuo fusilamiento, por afán de represalia nada más, mereció la condenación de los propios soldados de Walker. Hasta ahora permanecen sus nombres completos ignorados del todo.

a su fortaleza de ánimo y a su serenidad una modalidad cortés y caballeresca. Mostraban dones de buena crianza y formas gentiles, sobre todo entre los oficiales de superior cultura que cayeron en nuestras manos en calidad de prisioneros".

Y después de estas citas del filibustero Livy Lewis, que le hacía, entre sus numerosos recuerdos de la guerra de Nicaragua, muchos años después, a Salvador Calderón Ramírez, nos dice éste: "Las noticias sobre Allende y Valderrama vienen del campo americano y eso consagra la imparcialidad de la narración". En su bello anecdotario Calderón Ramírez exalta con frecuencia a los héroes anónimos o medio anónimos, de que pueden gloriarse, sin distinción, lo mismo los costarricenses de Juan Santa María que los nicaragüenses del chontaleño Dionisio Chávez, o los hondureños de Lucio Alvarado y José María Medina; lo mismo los salvadoreños del anónimo sargento calvareño que prefirió morir de sus heridas antes que dejarse tocar de los médicos filibusteros, que los capitanes Francisco Iraheta y Francisco Galdámez, estoicos y sublimes; o como los guatemaltecos de Valderrama y Allende. De suerte que recogiendo la exclamación final de Calderón Ramírez y extendiéndola a todos estos héroes, diremos con él: "Son héroes todos ellos de Centro América: son nuestros muertos: deberían vivir en la conciencia de la vieja Patria, destacados sobre las rojizas llamas del bronce; sobre las alburas del mármol y con el viejo laurel verde, encendidos de gloria..." Pero Walker no entendía nada de esto.[1]

A pesar de toda su simpatía por los cubanos, de quienes tanto esperaba en la futura etapa de su gran aventura, Walker les encuentra un defecto como soldados: "Esas fogosas inteligencias, dice, pensaban más en el día en que podrían embarcarse para la Isla a vengar la muerte de su gran héroe López, que en las negras y penosas escenas que hicieron notable su ejecución. Y es que esa repugnancia que las imaginaciones del mediodía sienten para considerar el lado triste

1. Tanto la cita del padre Ross como la de Jamison (James Carson Jamison, With Walker in Nicaragua) acerca de la muerte de Valderrama y Allende, como esta última del estoicismo de los guatemaltecos, las trae Calderón Ramírez en su precioso opúsculo citado **Alrededor de Walker**, y quien a su vez las tomó de las confidencias y recuerdos personales que le hiciera, muchos años más tarde, de la guerra de Nicaragua, uno de los filibusteros que más apasionadamente admiraron a Walker: **Livy Lewis.**

de los negocios, hace que no sean aptos para los trabajos reales de una revolución, como los robustos hijos del Norte, cuya imaginación no se aparta de la tumba y sus alrededores".

En esta forma el Rey de los Filibusteros condena el exceso de imaginación de los hijos del mediodía. Pero él, que lo era del robusto Norte, ¿no acariciaba ilusiones y sueños aún mayores, que muy pronto la triste realidad se encargaría de desbaratar con más facilidad que a un castillo de naipes?

Y esa triste realidad le andaba muy cerca, cuando en junio de ese mismo año de 1856 nombró a Goicouría como su plenipotenciario ante el Gobierno de la Gran Bretaña y para que gestionara en Estados Unidos un empréstito por 250,000 dólares.

— XXIX —

Walker no conocía a los hombres y menos a los centroamericanos

Los vastos planes de William Walker para ir formando un imperio esclavista y férreamente militar al Sur de los Estados Unidos, comenzando por la cinco repúblicas de la América Central y la Isla de Cuba, como base y centro nuclear de tal imperio, se dejan ver en el texto completo de la segunda cláusula del convenio provisional entre el "Rey de los Filibusteros" y el enviado de Goicouría, el joven capitán cubano Francisco Alejandro Lainé. "El general Walker, decía esa cláusula, propone y admite la idea de que los recursos materiales y pecuniarios de Nicaragua, lo mismo que los que están en poder del partido revolucionario de Cuba, se amalgamen haciendo causa común para derrocar la tiranía española en la Isla y asegurar la prosperidad de Centro América, *identificando de este modo los intereses y los propósitos de ambos países*".

Como se ve, no podía estar más claro el pensamiento del nuevo imperio a base de la integración de los intereses nacionales de Cuba y Centro América. Respecto a la amalgama de los cinco países centroamericanos nunca había cabido duda. Para eso estaba el batallón de los húsares de la Guardia Roja, preferida de Walker, en cuyos estandartes flameaba el lema de "o los cinco o ninguno". Walker, pues, pensaba realizar elementalmente el sueño de los próceres del

15 de Septiembre de 1821, que es el mismo que aún cubre, como el velo del templo salomónico, la tumba de Morazán. Sólo que al revés: no para la grandeza y dicha de los centroamericanos, sino para su último aniquilamiento y final desaparición del mapa del continente. La amalgama de Cuba venía a añadir un segundo escalón, quizá más sólido que el primero, al trono ascendente del soñado imperio. Más tarde vendría lo demás, por añadidura: México, alguna de las otras Antillas. En aquellos momentos el Rey de los Filibusteros estaba en toda la euforia de sus sueños, y tenía razón. Solamente un mes más tarde, el 25 de febrero de 1856, comenzaron sus sueños a tiznarse de terrores nocturnos, con el inusitado y legendario gesto del presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, decretándole la guerra. Luego vendrían las increíbles batallas de Santa Rosa y de Rivas a traerle la mala nueva de que los centroamericanos no eran lo que él se había imaginado. Walker conocía a fondo la historia de Europa y aun los grandes monumentos de la literatura greco-latina, seguramente. Batres Jáuregui nos cuenta, verbigracia, en su tercer tomo de *La América Central ante la Historia*, que agradecido al general Zavala por la forma caballerosa como éste lo escoltó hasta San Juan del Sur en su última derrota de mayo del año siguiente, le había obsequiado un curioso y bello ejemplar de *La Eneida*, de Virgilio, con eruditas anotaciones del mismo Walker. Y también sabía, sin duda, de la pura raza anglosajona como la suya y la de sus compatriotas de los Estados del Sur, su verdadera patria. Sabía igualmente de la forma en que los indios pieles rojas habían defendido a sangre y fuego sus territorios contra el no menos tenaz avance del anglosajón. Pero de lo que no sabía Walker era de los antiguos indios de Centro América y de Hispanoamérica. Sabría, sin duda, de la muerte de Atahualpa, a manos de la codicia de los conquistadores españoles. Y probablemente del cruento martirio de Cuauhtémoc, pero con seguridad no había leído nada de las hazañas de Lautaro, el indómito araucano que, según se ha descubierto, ha sido uno de los más grandes estrategas del mundo; y mucho menos sabría del cacique Urraca, de Costa Rica, quien durante diez años supo mantenerse en sus montañas, defendiendo la libertad de su suelo nativo. Ni de Lempira, ni de la heroica defensa de Cuscatlán. Ni de que el jefe de los ejércitos quichés de Guatemala había sabido morir de cara al sol, en un desafío personal con el terrible centauro don Pedro de Alvarado, quien llevaba en su rostro el sol y en su lanza el rayo. Ni mucho menos que los grandes señores del Quiché

narse. Inclusive aquel necio hermetismo. Ya lo iría obligando a hablar y convenciéndolo de que sus consejos eran los mejores. Walker estaría domado antes de que él (Goicouría) saliera para Inglaterra. Por de pronto, lo único que urgía era saber cómo organizaría a Nicaragua y hacerlo desistir de la gran torpeza de haberle quitado a Vanderbilt la concesión de la ruta interoceánica. Al respecto, ya he aludido a la otra astucia que Walker encuentra magnífica en sus Memorias. Había hecho que el decreto en que les traspasaba tal concesión a los antiguos socios del multimillonario no se publicara sino después de que hubieran desembarcado en Nicaragua los doscientos cincuenta reclutas con que había llegado Goicouría y que habían sido reclutados por cuenta de Vanderbilt. Cuando los giros que éste había extendido para el pago de los pasajes ya estaban cobrados y aplicados a la deuda de Vanderbilt con Nicaragua, dio publicidad al decreto. De suerte que a aquél se lo habían llevado todos los demonios cuando supo la última jugarreta que su colega de filibusterismo le había hecho... Pero Goicouría pensaba ponerlos en paz y que la compañía volviera a manos de su antiguo dueño. De lo contrario, con semejante enemigo, no había para qué pensar más ni en Nicaragua ni en Cuba... Si Walker era el Rey de los Filibusteros, Vanderbilt era el de las finanzas con que éstos se pagaban...

Desde Nueva Orleáns, en donde el brigadier de Walker no pudo conseguir el dinero que buscaba para el empréstito, y había tenido que salir en seguida para Nueva York dejando a dos agentes encargados de ver si podían colocar los bonos, le escribió al "general de todas las Nicaraguas". Debería fundar en Nicaragua una dictadura ilustrada compuesta de quince nicaragüenses electos popularmente. El voto tendría que restringirse a los que supieran leer y escribir. Había qué imponer métodos científicos en la administración, y un cinco por ciento sobre las importaciones. Las mercaderías en tránsito deberían pagar un dos por ciento. Con estos impuestos podría garantizarse de sobra el empréstito... Y recalcaba, al final, la necesidad de devolver al magnate de Wall Street su concesión.

Pero como en aquel tiempo no había televisión ni cosa parecida, el buen brigadier no tuvo oportunidad de darse cuenta de la cara que ha de haber puesto el general al verse perseguido por los consejos de Goicouría aun más allá del mar... Lo menos que Walker pensaría es que ¿quién volvía a meter en camisa de once varas a ese "chapetón del diablo"?, que era el calificativo que daba a los que según él, siendo españoles de pura raza, querían hacerse pasar por cubanos. A

nosotros los centroamericanos se limitaba a llamarnos "esos diablos de tez amarilla..."

Ya en Nueva York, lo primero que hizo el enviado fue indagarse a ciencia cierta del estado de la nueva Compañía del Tránsito. Se le había ofrecido a Edmond Randolph, el verdadero diablo que andaba metido en todas esas cosas, una cuantiosa comisión. La nueva compañía no ofrecía seguridad alguna de continuar trabajando, porque le faltaba dinero. Por otra parte, Vanderbilt estaba hecho una fiera. Pero Goicouría encontró forma de amansarlo. El lograría que Walker volviera sobre sus pasos y le devolviera la concesión... Todo podría allanarse. Vanderbilt ofrecería por de pronto ciento cincuenta mil dólares y en el curso del nuevo año entregaría otros doscientos cincuenta mil, con lo que el general tendría lo suficiente para sus nuevas empresas...

Convencido Vanderbilt, autorizó a su amigo para que le escribiera a su enemigo proponiéndole todo esto. Y si no aceptaba, ¡ay de Walker!

La carta fue despachada con fecha 2 de agosto y la respuesta no se hizo esperar. A bordo del vaporcito "La Virgen", sobre el lago de Nicaragua, a 21 de agosto de 1856... El general de todas las Nicaraguas, recordando sin duda a su émulo Julio César después de la batalla de Zela, le dirige a Goicouría su *Veni, vidi, vinci*... "General: Tenga Ud. la bondad de dejarme en paz... Lo de la Compañía del Tránsito ya está definitivamente arreglado. Lo que Ud. dice de Mr. Randolph me toca exclusivamente a mí... Pero es muy importante para Ud. mismo que tenga presente lo que he dicho. Y como el Gobierno no lo ha autorizado a Ud. para nada, nada puede prometer en su nombre.— De Ud. obediente servidor, *W. Walker*..."

— XXXIV —

Goicouría rompe definitivamente con Walker
Duelo a muerte fracasado, y un enorme escándalo echado a volar

Fácil les será a los lectores, dado lo bien que conocen el carácter de Goicouría, calcular el efecto que en éste produjo la respuesta de Walker: el colmo de la grosería, el desagradecimiento y ... algo peor, la estupidez. ¡Y teniendo él en su poder una carta que con sólo publicarla se vendría al suelo el falso ídolo con la complaciente opinión de algunos círculos de Wáshington, y de la mayor parte de la gente del Norte!

Además, ya por aquel tiempo (noviembre de 1856) las noticias que llegaban de la situación de los filibusteros en Nicaragua, no eran nada satisfactorias. Los "centrales", o sean los centroamericanos, o sean los "diablos de tez amarilla", que decía Walker, "pegaban" duro y sin descanso. ¡Enorme sorpresa en Nueva York y en todas partes! ¡Los centroamericanos uniéndose para algo que no fuera pelear entre ellos mismos! ¡Unirse en defensa de una de sus republiquitas y en defensa de todas ellas! Pero las informaciones habían resultado exactas: primero Santa Rosa y Rivas; ahora, en la segunda mitad del año, Masaya, San Jacinto, Granada y la tarjeta de Navidad de Vanderbilt, en que éste les había ya anunciado a sus amigos y antiguos tenedores de bonos de la Compañía del Tránsito que les haría saber la próxima fecha en que ésta volvería a sus manos.

Pero Goicouría aún se resistía al rompimiento definitivo, por aquello que les decía a sus íntimos: porque estaba montando el mismo caballo que Walker. Y eso que ya comprendía que la suerte de "mi general" iba para abajo, según lo demostraba el nuevo rechazo del Departamento de Estado a aceptar a Mr. Oaksmith como diplomático del pretendido presidente de Nicaragua. Ni a don Fermín Ferrer. ¡Tercero y cuarto rechazo! Ni a todos los demás que fueren necesarios. ¡Mr. Marcy, el secretario de Estado, era también hombre de hierro! Optó, pues, Goicouría por escribir a su examigo y exjefe, dándole larga a su proyectado viaje a Londres. Y en tono zumbón, agregaba que las noticias recibidas de Nicaragua eran muy malas, y había que esperar mejores... Walker montó de nuevo en su acostumbrado jinete del Apocalipsis y como Júpiter tonante le disparó estos rayos a Goicouría: "He nombrado a otro en su lugar; para Londres. Es el momento de negociar". Y luego: "Su negativa me hace creer más de lo que quisiera en ciertos informes que sobre la conducta de Ud. he recibido de los Estados Unidos".

La alusión no podía ser más punzante. Randolph, el mayor Heiss y todos los demás compinches del "general de todas las Nicaraguas", le tenían bien informado de que Goicouría estaba vendido a Vanderbilt. Todavía el cubano trata de silenciar el rompimiento. "La ropa sucia se lava en casa..." Sobre todo entre filibusteros, que la tienen a montones. Mientras el brigadier peleaba por cartas con el general, se había dedicado a preparar una expedición de mil hombres a Cuba, directamente y por su propia cuenta y riesgo: precisaba cumplirles la promesa a los amigos "de rasurarse la barba"... Esto era más práctico que las cartas a Walker.

El siempre activo y risueño corresponsal del *Diario de la Marina,* el más leído e importante órgano de prensa de la Isla en aquel entonces, comenta así la carta con que Goicouría había puesto punto final a sus relaciones con Walker: "Apagado así Goicouría por las respuestas de Walker, según la pintoresca expresión inglesa, todavía humeó... Le dolía el modo como había sido tratado y que no hubiera prestado la menor atención a sus observaciones". "Lejos de eso, insiste Ud. —le decía el jefe de la aventura nicaragüense— en que se le tenga una obediencia ciega a sus ideas, como si tuviera derecho para dirigirse a hombres de carácter independiente como yo, en tono de mando, en lugar del de la persuación y el raciocinio". Y comenta el Diario para final: "Goicouría, pues, termina diciéndole a Walker, con el viejo refrán: Pues ya se acabó el ahijado por quien éramos compadres... Y así supo el señor Goicouría que cuando dos montan un mismo caballo es fuerza que uno de los dos vaya en las ancas".

Seguramente si esta definitiva controversia entre los dos hombres más fuertes del filibusterismo de la época no hubiera traspasado los límites de una correspondencia particular, Goicouría hubiera optado por la lavada de la ropa en casa. Pero la prensa, siempre ansiosa de golosinas, acudió con el ruido de las diez mil moscas al panal de rica miel... Sólo que fue Walker el que ahora quedó preso de patas en él. A la bulla, Edmond Randolph, que guardaba lenta cama por una especie de "paludismo" que había traído de Nicaragua junto con las últimas instrucciones de Walker, pidió las medias y los zapatos para vestirse y salir del encierro de su estrecho cuarto en el Hotel Wáshington, en busca de Goicouría, para "cantarle las del barquero". Pero como no pudo vestirse, pidió papel y pluma. Y tras una nerviosa exposición de los hechos, a su modo, de las glorias, virtudes y proyectos del presidente de Nicaragua, dirigida al *Herald,* el periódico más leído y más amarillista de la época, como es sabido, concluye: "En el asunto del Tránsito don Domingo de Goicouría es un intruso con mala y traidora intención, y como tengo conciencia del lenguaje que empleo estaré en el Hotel Wáshington, No. 1, Broadway, hasta mañana a la una y hasta más tarde si así le place a don Domingo de Goicouría".

En el acto Goicouría escribe una carta aún más dura (27 de noviembre) y envía sus padrinos a Randolph, quien, como más ofendido, escoge armas y condiciones: pistola y a seis pasos de distancia... Para esta distancia asesina, sin duda recuerda Randolph el famoso desafío entre los coroneles Sanders y Piper, allá en Nicaragua. El segundo había ofendido y desafiado al primero, y Sanders, el ofendido y de-

safiado, escogió rifles y distancia de seis pasos... Un doble suicidio. Walker intervino, y le ordenó a Piper abandonar en el acto Nicaragua, saliendo él garante de su honor. Porque el coronel Sanders era utilísimo al ejército y no podía ser sacrificado como Isaac, hijo de Abraham... Aunque en el caso de que se trataba, tanto Isaac como su padre Abraham hubieran sido sacrificados por igual... ¡Reminiscencias de las lecturas de sus días de colegial en la bíblica universidad de Nashville, la ciudad nativa de Walker!

En el caso presente, eran Randolph y Goicouría: sin duda aquél contaba con su cama, que lo retendría por enfermo, y con el tiempo apaciguador de las tormentas. El *Herald,* que se bañaba en agua de rosas con todo esto, comenta: "Se trata de un hombre enfermo (Randolph) e incapacitado de andar si no cuenta con una persona que lo ayude. Si se bate, sus amigos tendrán que llevarlo cargado al puesto y sostenerlo durante el combate. Es muy probable, pues, que el desafío se aplace para mejor ocasión". Y al día siguiente: "El desafío no tuvo lugar ayer porque no hubo acuerdo sobre la distancia y el modo, aunque se convino en que las armas serían pistolas. Mr. Randolph insiste en que la distancia no debe ser mayor de seis pasos, lo cual no ha merecido aún la aprobación de su antagonista".

El *Herald* no vuelve a hablar del asunto, por lo que tenemos que atenernos a la versión del profesor Scroggs, quien afirma en su obra que a causa de la enfermedad de Randolph el duelo nunca pudo tener lugar.

Pero entretanto el famoso mayor John P. Heiss, a quien los lectores conocen ya de sobra por sus mensajes de "correveydile" del Departamento de Estado y sus diplomáticos en Centro América, por sus bien ganadas concesiones mineras de Nicaragua y más que nada por sus incendiarios discursos en el club El Tabernáculo, modelos de la "oratoria de taberna" a que se refería el *Tribune,* saltó a su vez a la palestra. Goicouría no era más que un traidor del ilustre general Walker. Allí andaba armando secretamente una expedición contra él: 1,100 hombres marcharían contra Walker a bordo de "El Dorado"...

Y mientras todo esto acontecía, ya por su parte Vanderbilt y Morgan habían saltado a su vez, cada uno por su lado, aunque con saltos un tanto comedidos, dado lo largo de sus colas... Vanderbilt, negando que Goicouría fuera o hubiera sido jamás su agente. Morgan, atestiguando que "El Dorado" y su cargamento humano y de material bélico estaban dirigidos contra Walker... Se había vuelto aquello una

merienda de... negreros y financieros de carne negra y carne de "medio indios, medio negros y medio ranas", como se había bautizado en El Tabernáculo a los centroamericanos...

Fue entonces cuando Goicouría, que había ido publicando sus cartas poco a poco, como un malicioso jugador de poker que cuando tiene cuatro ases en mano los larga uno por uno, ante los atónitos ojos de sus cofrades, para mejor disfrutar de la desdicha ajena, lanzó sobre el tapete su carta final. ¡Y qué carta! Todo el relumbrón y prestigios de ese gran ídolo reluciente que se llamaba William Walker, caudillo de la democracia, futuro y seguro regenerador de un pueblo sin regeneración posible como era el de Centro América, caía por los suelos ante sus propios compatriotas y alentadores. El era un secreto maquinador contra la unidad de Estados Unidos. El suyo era un despreciable castillo de naipes venido al suelo por una providencial ráfaga de viento. Un viento ligerísimo, pero que refrescaba las mentes llenas de un contaminado e inexplicable fuego tropical. ¡Fuegos fatuos, al fin y al cabo!

— XXXV —

Estupefacción que producen las revelaciones de Goicouría

La carta-cartel de desafío del más íntimo de Walker, el mayor Edmond Randolph, había aparecido en el *Herald,* de Nueva York, el 22 de noviembre del año de gracia (y de las mayores desgracias para Centro América) de 1856. Y dos días después aparecía en el mismo diario, y además en el *Sun,* para que nadie en la gran metrópoli del ruido y el humo se quedara sin leerla, la carta o explosión final de Goicouría. ¡Y ríase usted de los efectos de una bomba de hidrógeno de nuestros cristianísimos días!

Hela aquí en sus pasajes conducentes: "Señor Director: la carta de Mr. J. P. Heiss (le rebajaba así sus dos primeros nombres y su título de mayor) publicada en el *Herald* de hoy, no puede quedar sin contestación.— Mr. W. Walker, actual presidente de Nicaragua, ha cometido conmigo una injusticia; se ha conducido de una manera descortés y brutal; y los viles agentes (*underlings*) que aquí tiene, llevan su locura e insolencia hasta acusarme de haber hecho traición a la causa de Nicaragua. Mi contestación será corta, y creo también que satisfactoria, al menos en cuanto concierne a mi honor personal, que es todo lo que ahora quiero defender.

Hago esta exposición, no por ninguna idea de venganza, sino simple y únicamente para defender mi reputación contra una acusación inmerecida.

"Es bien sabido que hace muchos años estoy entregado con alma y corazón, vida y fortuna, a la causa de agregar a Cuba a los Estados Unidos. Pueden llamarme filibustero y atribuirme ideas soeces; no me importa. Solamente aquellos que como yo saben las atrocidades del gobierno colonial español; solamente aquellos que conocen como yo los elementos de la Isla de Cuba bajo un gobierno bueno y libre como el de la Unión, pueden juzgar mi conducta con exactitud. Con respecto a esto no tengo para qué defenderme: mi corazón, mi sangre y mi fortuna pertenecen a la causa de Cuba. Nicaragua era para mí un objeto secundario, un simple escalón para subir a Cuba. Me alegré, por supuesto, al ver aquel hermoso país libre de un gobierno miserable e imbécil, y mientras consideré a Mr. W. Walker hombre honrado y sagaz, me alegré de ver el poder en sus manos. Pero mi primero y principal objeto era Cuba, y con ese fin mandé un agente, en el invierno de 1855 a 1856, a Nicaragua, y allá, el 11 de enero de 1856, celebró el siguiente tratado con Mr. Walker, en que se obligaba a trabajar por la emancipación de Cuba, tan pronto como se estableciera el gobierno de Nicaragua. (Omito la repetición del convenio Walker-Lainé, citado varias veces y comentado en el curso de estas pláticas. Nota del autor).

"Cuando esto se hizo y yo hube obtenido su palabra y como creí en la cooperación de Walker, fui a Nicaragua en marzo último y allá trabajé con toda la energía de mi carácter en la causa de aquel país. Por más que diga ahora W. Walker, ha confesado antes con placer la importancia y extensión de mis servicios. Pero mi objeto, al entrar a examinar las operaciones de Walker, es con respecto a la anterior contrata, a las obligaciones que le impone y al auxilio y cooperación que de él esperaba.

"Permanecí en Nicaragua hasta el 21 de junio de 1856, en que regresé a este país, llegando el 13 de julio a Nueva Orleáns. Entonces se creyó que podía ser útil como ministro en Inglaterra, pero había algunas dificultades en el gabinete de Rivas, y en agosto recibí una carta de Walker fechada el 25 de julio, que no tiene importancia, excepto en cuanto a que en ella me dice que espere hasta que reciba mis credenciales. Al fin, en los últimos días de agosto, recibí de Mr. Walker mis credenciales con la siguiente carta: "Granada, agosto 12 de 1856. —Mi querido general: Mando a Ud. por conducto del general Cazeneau, sus credenciales para la Gran Bretaña. Son amplias y espero que tengan buen resultado. Si Ud. puede abrir negociaciones con Inglaterra y *asegurar para Nicaragua el puerto de San Juan del Norte, Ud. hará una gran cosa, y será un paso que nos conduzca luego al fin. Sin San Juan del Norte no podremos tener lo que nos es muy indispensable, una fuerza naval en el Mar Caribe. Las consecuencias comerciales de esta posesión son nada en comparación con los resultados políticos y navales.*

"Con su versatilidad, y si puedo decir así, su adaptabilidad, espero que Ud. hará mucho en Inglaterra. Ud. puede hacer más que ningún americano, porque *puede hacer ver al Gabinete británico que no estamos empeñados en ninguna empresa de anexión. Ud. puede hacerles ver que el único medio de cortar la creciente y expansiva democracia del Norte es establecer una Confederación del Sur, compacta y fundada en principios militares.*

"Mientras más pronto pase Ud. a Inglaterra, tanto mejor será para nosotros. Si es posible haga Ud. el tratado antes de mediados de noviembre. Para entonces se habrá concluido la estación de lluvias y podremos comenzar la próxima campaña. *Debemos tener nuestras relaciones establecidas con Centro América a fines de abril, y entonces nada será más fácil que el arreglo de la cuestión de Mosquitos. Sobre todo esta parte es necesaria para el trabajo que tenemos entre manos después de haber arreglado los negocios de Centro América.*

"Es inútil que insista con Ud. sobre la importancia de esta misión, porque no dudo que Ud. la comprende tan bien como yo.

"Espero que me escriba Ud. por cada correo. *¿No puede Ud. hacer que* ..... (aquí el nombre secreto que tampoco Goicouría reveló) *me escriba una carta?*

"Diga Ud. a ..... (idem, idem) *que me mande noticias y me diga "si Cuba debe ser libre", y será libre... Pero no para los yankees: ¡Oh no!... Aquel hermoso país no lo merecen los bárbaros yankees. ¿Qué haría con la isla esa raza de cantadores de salmos?*

"Mis expresiones a su familia, y créame Ud. su sincero, *W. Walker.*— Al General don D. de Goicouría".

En los párrafos subrayados el lector habrá visto en síntesis el programa completo de los verdaderos y últimos propósitos de Walker. Contaba con que Centro América estaría totalmente dominada para abril de 1857. Pensaba en una indispensable escuadra en el Caribe. Odiaba a los yankees, palabra con que los del Sur designaban exclusivamente

a sus odiados parientes judaizantes del Norte. Marchaba directamente a la formación de una república que, llegado el caso, pudiera sumarse a la Confederación del Sur. La cuestión de la Mosquitia se arreglaría amigablemente con Inglaterra y ésta debía aliarse a aquella nueva república si quería poner término a la expansión hacia el Sur de los del Norte...

Estos eran los íntimos secretos de Walker. Quizá los conocería solamente su más íntimo amigo de juventud y de los tiempos de sus primeros y únicos amores con Helen Martin, Edmond Randolph, su eterno animador en la aventura de Nicaragua. O tal vez el bizarro jefe de la corbeta filibustera "Granada", Callender Irvine Fayssoux, antiguo oficial de la marina de guerra de Texas, de familia patricia, y quien además había tomado parte en una de las expediciones filibusteras para la liberación de Cuba. Walker se enorgullece de él a cada rato en su libro, y sin duda lo destinaba para un alto puesto en aquella futura escuadra del Caribe... Fayssoux, hombre de sólida cultura, legó a la Universidad de Tulane, casi en calidad de secreto, un copioso archivo, y algunas cartas de Walker, que hasta ahora han permanecido ignoradas, y en que se confirmaban sus hondos móviles en la aventura centroamericana, que no era sino el paso preliminar...

Volviendo al tema, lo demás de la muy extensa carta de don Domingo de Goicouría, que el doctor Montúfar inserta íntegramente, aunque no comenta en su libro sobre "La Guerra en Nicaragua", (una edición por separado del tomo VII de su "Reseña Histórica"), se contrae a demostrar, y por cierto en forma que no deja lugar a la menor duda, la absoluta corrección con que Goicouría había procedido y su actual y absoluta abjuración de su antigua amistad y asociación con Walker. Hace ver cómo por primera vez aquella carta había revelado "el odio que éste sentía contra los principios democráticos y sus designios de establecer un despotismo del Sur como contrapeso a los Estados del Norte...": "No tengo para qué decir que no afecto una falsa filantropía con respecto a los negros; pero el restablecimiento de la esclavitud en el actual estado crítico de los negocios de Mr. Walker me parece la quintaesencia de la estupidez..." "Mientras le creí fiel a la causa de Cuba y de la América fui su amigo sincero..." "Metería antes mis manos al fuego que publicar estos papeles, si hubiera la más leve esperanza de que cumpliera con su palabra..." "Sienta principios directamente hostiles al engrandecimiento y esplendor de este país" (los Estados Unidos)... "Lo denuncio como traidor a los intereses de Cuba y de los Estados Unidos...", etc. Termina explicando y demostrando que "El Dorado" y su cargamento

bélico iban dirigidos, como siempre, a su eterno objetivo: la liberación de Cuba.

El profesor Scroggs da cuenta de la estupefacción que en todos los Estados Unidos, y de manera especial en el Norte, produjo la carta de Goicouría.

— XXXVI —

Clamor unánime contra Walker

No tardó en producirse la reacción que era de esperarse contra Walker al conocerse en el Norte y aun entre sus no simpatizantes, que eran los menos, del Sur, los móviles secretos de su tan discutida aventura en Centro América. Desde luego, la prensa fue la primera en saltar. Y como sería imposible transcribir todo lo que contra él se dijo, ni aun en extractos mínimos dentro de las dimensiones de estas pláticas, me limitaré a escoger algunos párrafos de los periódicos de más fama.

El *Sun,* de Nueva York, por ejemplo, que siempre se había mostrado no sólo benévolo sino simpatizante muy devoto de los filibusteros, llama a Walker "bribón" y hasta "bandido", al referirse a la carta publicada por Goicouría, en que aquél "expone su teoría de enemigo de la Unión y de la democracia del Norte y partidario de una confederación del Sur basada en principios militares". El *Herald,* de la misma metrópoli, lleva sus ironías hasta el sarcasmo: "Bajo un punto de vista moral y económico (dejando enteramente aparte la cuestión de la regeneración de Nicaragua) convenimos en que Walker es una buena institución nacional. Desde que él ocupó Nicaragua, 5,000 voluntarios han ido en su auxilio, principalmente de San Francisco, Nueva Orleáns y Nueva York; y fue una bendición de Dios haber salido de la mayor parte de ellos. De esos 5,000 reclutas, no quedan ya ni mil. La guerra, las fatigas de la campaña, la disipación y un clima tropical han dado buena cuenta de más de 4,000... Se ve, pues, que Nicaragua, bajo el general Walker, ha prestado y está prestando el importante servicio de absorber a nuestros inquietos filibusteros", etc., etc.

The Chronicle, un diario muy circunspecto de la época y que dijérase responder exactamente a las elevadas ideas de Mr. Marcy, el secretario de Estado que tan dignamente se puso al lado de los derechos de Centro América, comenta lo que sigue: "Aprovechando tal momento (el de cambio de fren-

A pesar de tal justicia y clarividencia de razones, Walker fue absuelto por el jurado que lo juzgó en la ciudad escogida para el caso por él mismo, o sea Nueva Orleáns, uno de los hervideros más activos de sus planes políticos y vastos designios, en que sólo un grupo selectísimo de gentes del sur estaba iniciado. Pero lo que es peor, el comodoro Paulding fue condenado a perder su alto cargo en la marina por el propio Congreso, y no obstante la heroica defensa que de él hicieron algunos de los senadores antiesclavistas, y que ya se daban más o menos cuenta del último fin que perseguía el "predestinado de ojos grises", como algunos admiradores de Walker lo llamaban con frase romántica. En la disputa no faltó senador que esgrimiera el argumento de que atacar a Walker era ayudar a la causa de Inglaterra, así como no faltó otro que pidiera una alta condecoración para el comodoro Paulding. Como puede verse, el grueso oleaje de la gran guerra civil se iba acercando a pasos agigantados y los oídos preferían permanecer sordos.

En el museo nacional de la ciudad de Annápolis, famosa para nosotros por su escuela naval modelo, a poca distancia de Wáshington, pueden hoy ver los visitantes centroamericanos, no muy numerosos por cierto, y en su mayor parte militares, una hermosa espada cuya empuñadura, de oro macizo, luce trece preciosas amatistas. Perteneció al comodoro Paulding, y fue parte de un obsequio que le envió Nicaragua a raíz de su injusta destitución. Juntamente le ofreció Nicaragua veinte caballerías de buenas tierras, que el comodoro desechó, fundándose en que las leyes de su país no le permitían aceptar esa clase de presentes. En cambio tenía la espada en gran estima, destacándola en sitio prominente entre sus trofeos militares; y uno de sus nietos la donó, muchos años después de su muerte, al museo naval de Annápolis. Graves meditaciones ha de sugerirles la vista de esa espada a los buenos centroamericanos. Y por de pronto si hubiera podido verla Mr. Buchanan (y es muy posible que la haya visto), no hubiera dejado de pensar que ella también sirvió, cuando la captura de Walker y sus filibusteros, para cortar un nudo gordiano tan digno de celebridad en lo moderno, como el de Alejandro Magno en lo antiguo: "¿qué debe tenerse en cuenta primero, las leyes convencionales de la sociedad y las naciones, o la ley de la divinidad?"

— XXXIX —

Buchanan le propone a Mora la Unión Centroamericana

Estoy seguro de que la gran mayoría de mis lectores, si es que no la unanimidad, ignoran un rasgo de la vida política del presidente Buchanan, (rasgo a que ya me referí) y que lo hace doblemente acreedor a las simpatías de los centroamericanos. Y digo doblemente porque en mis últimas pláticas me referí, con la posible amplitud que cabe dentro de una charla, a la heroica defensa que había hecho Mr. Buchanan, a sabiendas de que peleaba contra una mayoría de oposición en el Senado, del comodoro Hiram Paulding, cuando éste se atrevió a llevar a cabo la hazaña (hazaña para sus tiempos) de capturar al filibustero William Walker dentro de aguas territoriales de Nicaragua, cuando éste se creía más seguro de poder reconquistarla, y luego a toda Centro América, en su segunda tentativa de aventurero audaz e iluso. Como lo recordarán los lectores que hubieren leído mis artículos o mi libro sobre la trascendencia de la guerra nacional contra los filibusteros de Walker, éste quería hacer de la ruta interoceánica de Nicaragua, por la que se verificaba el tránsito del Atlántico al Pacífico y viceversa, el eje de su futuro imperio militar del Caribe que pudiera ponerse a las órdenes de los Estados esclavistas del sur de Estados Unidos, cuando sonara la ya inevitable hora de la guerra civil o de secesión.

Este rasgo, ignorado, estoy seguro, de la mayoría, consistió, como ya dije, en haberle propuesto el Presidente Buchanan al expresidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, el héroe principal de la guerra contra William Walker, acometer la empresa de volver a unir los cinco países centroamericanos en una sola nación, como el mejor medio de evitar futuras invasiones filibusteras y encaminar por fin a Centro América por el único camino que tenía abierto para su definitiva autoliberación y engrandecimiento. La única forma de dar fin a la perpetua guerra en que vivían los cinco pequeños retazos del que debía ser un gran todo, estimulado por el beneficio común del canal interoceánico abierto a través de su propio territorio nacional. Buchanan conversó al efecto extensamente con Mora, quien se hallaba desterrado en Estados Unidos, víctima de una revolución, que a pesar de su heroico triunfo sobre los filibusteros, lo había botado de la presidencia. Y como ayuda moral y material, ambas imprescindibles en el medievo del siglo XIX, le ponía a las órdenes dos barcos para el transporte de sus tropas. Sólo en esa forma podría

el expresidente recuperar el poder en Costa Rica y lanzarse a la ardua empresa centroamericana de reconstruir la Unión.

De esa suerte el presidente Buchanan, según conjeturo, "mataba con una piedra dos pájaros". Como el secesionista plan de Walker se había ya divulgado por la prensa seria de los Estados del norte, uniendo y compactando a los países de Centro América se levantaría una muralla ante la cual se estrellaran las nuevas tentativas de Walker, que contaba con todo el apoyo de los esclavistas del sur. Y de esta suerte se salvaba a Centro América y al mismo tiempo se hacían fracasar los proyectos de formar aquel imperio del mar Caribe que pudiera surgir en ayuda de la causa de la secesión prohijada por los líderes del sur. Sin embargo, Mora rehusó la oferta, sacando a relucir el eterno argumento "tico" de que a Costa Rica no le convenía ningún contubernio con los otros cuatro países centroamericanos. Aislarse de ellos todo lo más posible, en una palabra, como ha sido la eterna política de Costa Rica, en parte razonable, pero que carece de razón cuando se miran las cosas desde lo alto y se tiene en cuenta el futuro. Y mucho menos en aquellos días en que no había otra posible manera de mirarlas, cuando se acababa de experimentar que sólo el esfuerzo unido de los centroamericanos había podido realizar el milagro de salvar a Nicaragua en primer término y a la misma Costa Rica y al resto de Centro América en segundo. Y para que el remordimiento de su manera de mirar "a lo tico" no fuera muy tardío, un año más tarde nada más, pagaba el gran Juan Rafael Mora en el cadalso su rechazo a la oferta de Buchanan. Al ir de El Salvador a Costa Rica con miras contrarrevolucionarias para recuperar el poder de su pequeña ínsula, fue capturado por el gobierno enemigo y fusilado junto con su cercano pariente el general José María Cañas, el "jefe centroamericano que más trabajó en esa guerra" contra los filibusteros.[1]

La noticia de la oferta hecha por el presidente Buchanan al expresidente Mora la relata quien fue testigo personal de la conversación y pariente de éste, el señor Argüello Mora, en sus Memorias, según cita que hace el más imparcial y contemporáneo comentarista extranjero del modo de ser y la historia de los países de Centro América.[2]

1. Este juicio sobre el general Cañas, pertenece al doctor Lorenzo Montúfar. Reseña Histórica de Centro América, tomo 7o., página 960.

2. Dana G. Munro. The Five Republics of Central America. Oxford University Press, Nueva York, 1918. Pág. 181.

Cabe pensar ante este episodio tan poco conocido de los lectores guatemaltecos, que han sido contados con los dedos de la mano los estadistas norteamericanos que han llevado a cabo algo práctico por la vuelta a la unidad centroamericana, es decir por hacer de las cinco débiles y pequeñas repúblicas una sola nación fuerte, "tal como salió de las manos de Dios", según dijo el poeta, en la tarde del 15 de septiembre de 1821, y precisamente en la propia tarde, antes del crepúsculo, que no debería hacerse esperar para cubrir el cielo con "los nublados del día". Pocos han sido los estadistas, como Buchanan, en orden cronológico: luego James G. Blaine, quien tanto hizo porque México sometiera a arbitraje el asunto de Chiapas y Soconusco, y últimamente Elihu Root, que en 1907 ideó la Corte de Justicia Centro América para poner fin al motor de las guerritas centroamericanas, que se movía a razón de cien revoluciones por minuto: preocupados clarividentemente de la importancia que tendría no sólo para la misma Centro América sino para todo el continente formar una respetable nación en el centro de éste. Una nación fuerte y respetable precisamente en el punto más débil del Nuevo mundo, por su estrechez y su situación geográfica y punto de enlace (y que debería también ser de equilibrio, como el fiel de una balanza) entre las dos grandes masas continentales de norte y sur.

Y tanto más acreedores son esos contados estadistas clarividentes a las simpatías y gratitud de los centroamericanos cuanto que nuestros aún más próximos vecinos de nuestra misma raza, los estadistas mexicanos, que tanto bien pudieran haberle hecho a Centro América en el mismo sentido, muy por el contrario, no sólo nunca nos han alargado la mano para ayudarnos a la vuelta de la unión sino que se han mostrado indiferentes cuando no decididos enemigos de ella. Los casos son incontables. Pero por de pronto, que lo diga el poderoso don Porfirio Díaz, quien hizo todo lo necesario para hacer fracasar, con razones que no convencen a nadie, la campaña unionista de 1885, la única que ha tenido mayores probabilidades de éxito. Pero entre los periódicos mexicanos de esa época, quizá el que vio con más claridad la razón secreta haya sido el llamado "El Partido Liberal", "el más oficioso de todos", según calificativo que le da el más moderno y completo historiador de las relaciones mexicano-guatemaltecas, Daniel Cosío Villegas. Adelantó ese periódico que el triunfo de Barrios "le daría alas para que invadiese ma-

ñana el territorio nacional, reviviendo sus antiguas pretensiones sobre Chiapas y Soconusco".[1]

Por eso viene a propósito recordar las reflexiones del doctor Rafael Meza, salvadoreño y no sólo centroamericanista de diente a labio, a quien le tocó el honor de ser el secretario general de la jefatura militar de la campaña del 85: "¿Qué ventajas puede obtener México de que las repúblicas del centro formen una sola nacionalidad? Al contrario, nos dice, en su interés puede estar que nos mantengamos divididos, formando cinco pueblos débiles, de fácil absorción y dominio, antagónicos, suspicaces y levantiscos por sus rencillas hogareñas. En varias ocasiones, con pena lo consignamos, hemos visto a algunos de los representantes de aquel gobierno en Centro América, inmiscuirse en nuestros propios asuntos, soplar nuestras discordias, alentar las rivalidades e insinuar en ciertos casos la conveniencia de buscar apoyo moral en México cuando han ocurrido desaveniencias domésticas... Así vimos a Zaldívar en el año 85 acudir sin rubor a mendigar el apoyo de aquel poder extraño, que por lo mismo se creyó con derecho a intervenir en nuestros asuntos, porque sólo así puede explicarse tal ingerencia y que el gobernante de aquel país llegase a calificar de "amenazante a las nacionalidades del continente" la firme resolución del presidente de Guatemala de realizar entonces la unión de Centro América. Pero fue y será siempre porque esa unión la ve con reserva México y no le interesa ni conviene. Lo que quiere, porque está en sus intereses, es que continuemos como hemos vivido, con la existencia de soberanías seccionales, divididos y débiles, para dominarnos cuando el momento llegue..."[2] Y cito estas palabras porque ellas vienen como anillo al dedo. Centro América unida podría reclamar la nulidad de la renuncia que hizo el gobierno de Guatemala, por sí y ante sí, de la provincia de Chiapas y del distrito de Soconusco, que no le pertenecían sólo a ella sino a toda la república de Centro América. Con más razón podría Centro América unida reclamar la nulidad de esa renuncia y del tratado que la contiene y a que fue "obligada" Guatemala, según propias palabras de su principal autor el señor Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores de México bajo el gobierno de los presi-

1. Cosío Villegas, Historia Moderna de México, primera parte, página 418.

2. La Campaña Nacional de 1885, por Rafael Meza, 2a. edición (1935), página 270.

dentes Manuel González y Porfirio Díaz. Con más razón, al menos, que los mexicanos que están pidiendo ahora la nulidad del tratado de 1893 entre México e Inglaterra, hecho y defendido hasta la saciedad, con acopio de mapas y cédulas reales, por el mismo señor Mariscal, cuando se fijaron los límites entre Yucatán y Belice. Siempre el "o por la razón o la fuerza", que fue consagrado en el amanecer de la vida independiente de México y Guatemala por el emperador Iturbide; que continuó con la "conquista" de Chiapas en 1823 y la del distrito de Soconusco en 1842. Que continuó en 1882 y en 1885, y que llega al año 1964 de nuestro siglo XX, ante la simple y eventual posibilidad de que Guatemala pueda recuperar Belice... Nada de engrandecerse Centro América y menos Guatemala.

Sólo un gran hombre mexicano, que se llamó José Vasconcelos, se atrevió a tenderle los brazos a Guatemala, queriendo con ello desatar los nudos gordianos que forman la historia-calvario de nuestras relaciones con México. Sólo él clamó: "Bienvenido Belice, para su legítimo dueño de siglos, Guatemala, siempre víctima de la poderosísima Inglaterra y el no tan poderoso México".[1] Pero para clamar esto, se necesitaba ser un hombre como Vasconcelos, mirada de águila sin serpiente en el pico. Todo un mexicano con el corazón de un filósofo maya.

— XL —

Los sufrimientos de los Filibusteros
Biografía de Walker

Pequeño extracto del libro desconocido en Centro América titulado "Con Walker en Nicaragua".
Autobiografía escrita por la Sra. Calleghan Ratterdam

Creo que a los lectores les interesará conocer, aunque sea un pequeño fragmento de un libro curioso, desconocido en Centro América. Es el de Eleanore Calleghan Ratterdam, a quien el destino llevó con su familia a convivir los últimos meses de la guerra contra Walker en compañía y del lado de los filibusteros. Admiradora profunda, como tanta mujer en los Estados Unidos, del "Predestinado de Ojos Grises", en su libro nos relata los horrendos días y noches que tuvo que

1. José Vasconcelos, en su revista "La Antorcha", México, 1923.